Pregón de Semana Santa de Valladolid 2013

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Valladolid

Excmo. Sr. Alcalde de Valladolid y miembros de la Corporación municipal

Sr. Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa de Valladolid

Sr. Deán e Ilustre Cabildo Catedralicio

Excmas. e Ilmas. autoridades

Cofrades vallisoletanos

Amigos todos

Buenas noches a todos en este viernes 15 de marzo, viernes de Cuaresma, previo al Viernes de Dolores, donde en estos momentos se están celebrando en algunas de nuestras iglesias novenas, triduos, vía crucis, actos de culto variados, como preludio a nuestra preparación para vivir mejor nuestra Semana Santa vallisoletana.

Soy consciente de que hemos acudido hoy a la catedral en esta noche, ustedes para oír un pregón de Semana Santa, y yo para pregonarla en este año. He de confesarles que, por más que me he esforzado en su preparación, no he podido conseguir desvincular este pregón de mi vivencia, de mi memoria, sencillamente de mi vida. No soy dueño en estos momentos, y es otra confesión, de mis emociones, y les confío que me encuentro profundamente emocionado. Y, por qué no decirlo, un poco asustado. Pero, en este momento importante para mí, tengo la suerte de contar aquí delante con toda mi familia, que siempre ha estado ahí como soporte mío en los momentos importantes de mi vida.

Lo primero que quiero hacer es dar las gracias al Excmo. Ayuntamiento de Valladolid en la persona del Sr. Alcalde, al Sr. Arzobispo, y a la Junta de Cofradías de Semana Santa por haber pensado en mí para este momento importante para la ciudad y, también, por darme la oportunidad de hallarme ante un reto con el que nunca había soñado y al que, con franqueza, no pensé que tendría que enfrentarme. Y aquí me

tienen, con fervor, con devoción, entusiasmado con tantas realidades como entraña nuestra Semana Santa, y con la ayuda de Jesús y de Nuestra Madre espero estar a la altura de este cometido tan exigente como el de pronunciar el pregón de un acontecimiento inenarrable y siempre especial, en esta tarde que recuerda a aquella otra en la que aconteció la Pasión más fecunda que nos podamos imaginar, y en un espacio como éste, el de la catedral inconclusa y testigo de la vida y de la muerte de Valladolid desde hace siglos.

Mis palabras serán sencillas, quieren ser claras y directas para no dar lugar a dudas, pues no es fácil hallar las adecuadas para anunciar este misterio. Por este motivo, acudiré a la imagen, a las imágenes de nuestra Semana Santa, mucho más expresivas que mis palabras. Y trataré de que se oigan otras voces, con predilección indisimulada por las de los espirituales, en los que se inspiraron nuestros imagineros, y que lograron expresar con acierto y hermosura inigualables lo que yo apenas puedo balbucear. Por ello, aludiré con frecuencia —quizá alguien pueda pensar que con frecuencia excesiva— a su palabra, más expresiva, indudablemente más hermosa, que la mía. Es la voz de los clásicos de nuestra literatura, de nuestra lengua, de nuestra espiritualidad.

Y es que soy de los vallisoletanos que tienen muy presente y muy activa en su retina, en su vida, las Semanas Santas de nuestra ciudad, a la que vuelvo siempre que me lo permiten mis tareas profesionales. Y procuro que coincidan estos retornos con mi familia, con mis cuatro hijos, con mi esposa, que, como ya dijo el señor alcalde, es de Zamora, con los días de la Semana Santa. Que conste: nunca ha habido discusiones entre mi esposa y yo por la procedencia de cada uno, puesto que las Semanas Santas de Valladolid y de Zamora no son enemigas, son voceras del mismo mensaje y se complementan. Aún más. Mi esposa es cofrade de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias, al igual que el que les está pregonando. Aunque nuestro inicio como cofrade fue en la Piedad, recientemente conocida como MUY Ilustre y en la cual conservo buenos amigos. Por ello, me incluyo en el número creciente de vallisoletanos que, como una especie de signo de identidad, esgrimen y exhiben, además de los otros civiles, el de su pertenencia a la cofradía penitencial correspondiente.

No puedo callar que desde niño, en los distintos momentos de mi existencia, he vivido la Semana Santa, he procurado vivir con devoción la Semana Santa que llevo en

lo profundo de mi ser. No sé si lo habré conseguido, pero son compañeros de mi vida los recuerdos infantiles, cuando mis padres nos enseñaban a mi hermana y a mí a descubrir esta Semana Santa de Valladolid, admirando sus procesiones y, ¡cómo no!, contemplando el pregón del sermón de la Siete Palabras en la Plaza Mayor del Viernes Santo. Les confío que, al margen del pregón, de la poesía pregonada entonces por la saga familiar, además de la invitación a acudir al sermón de las últimas palabras de Jesús en la cruz, me fascinaban de forma especial los caballos enjaezados del cortejo pregonero. Por cierto, es admirable la categoría de quienes han predicado el sermón de las Siete Palabras escenografiado por la cofradía del mismo nombre. Lo han hecho predicadores afamados, de diverso estilo, y no solo vallisoletanos, también de toda España. La invitación a oírlo, voceada desde lugares neurálgicos e históricos de Valladolid, casi desde el amanecer en la puerta del Arzobispado hasta el mediodía, recorriendo diversos lugares de la capital, ha sido casi siempre una pieza antológica de los mejores poetas que ha tenido la ciudad: Narciso Alonso Cortés, Félix Antonio González, Sergio Fernández, Soto del Carmen, Francisco Javier Martín Abril..., por citar solamente algunos de los ya fallecidos que nos dejaron su palabra poética del Viernes Santo.

Y quiero empezar a desgranar este Pregón hablando de “El dolor de Dios”.

El dolor de Dios

Hay que pregonar, y muy en alta voz, que la Semana Santa de Valladolid es una catequesis, un sermón fascinante del misterio no menos asombroso del cristianismo, el misterio de la Pasión, del dolor de Dios hecho hombre. De Dios en su humanidad, en su cuerpo, para decirnos que también el cuerpo está redimido, investido de dignidad. Es este un misterio de dolor. De dolor redentor, que nos revela que Dios también sufre y que nos acompaña en nuestros sufrimientos, que está no solo cerca de nosotros sino también con nosotros. Este argumento tan básico, es importante no olvidarlo en estos momentos de crisis de valores y de gran egoísmo, y que han provocado esta crisis financiera y esta gran plaga en nuestro país que es el paro, el cual está azotando a muchas familias y les hace ver el día de mañana de forma oscura y pesimista. El Dios de nuestra fe, que es el mismo que el Dios que se nos da, que se nos manifiesta en Jesús,

—o sea, el Dios del Evangelio—, es un Dios sensible, y no un Dios pétreo e incommovible.

Por eso, aquí en Valladolid somos unos privilegiados, no hay duda, al poder contemplar este misterio proclamado por la hermosura y el realismo de la imagen, de todas las imágenes, que, como impacientes en sus templos o en sus estancias, salen a la calle para hablar en la Semana Santa de Valladolid. Hay momentos y expresiones especiales (si es que hay alguno que no lo sea) en los que se siente el dolor, que en Valladolid se cierra con el de la Madre en la imagen indescriptible, de belleza también inefable, de las Angustias o, como se dijo durante siglos y siglos, “de los cuchillos”. Señal del amor secular que se la ha tenido es que sus orígenes hayan sido medidos por las tradiciones, por las leyendas. Habría que ir paso por paso, y no es posible referirse, como es comprensible, a todos ellos. Pero hay trances en esta historia de pasión y de dolor que han captado y comunican los imagineros a todo aquel que quiera contemplarlos.

Por ejemplo, el de las soledades, por supuesto las de la Madre de la Soledad, a la que volveremos nuestra mirada; me refiero ahora a las soledades de su Hijo. Son los momentos de profunda tristeza, la experiencia de los abandonos, materializados por los imagineros y sacados en procesión. Como la soledad acompañada del Huerto de los Olivos. Todavía están allí los discípulos, menos el traidor, que no tardaría en aparecer. Pero cuando Jesús más lo necesita, cuando se vio sumido en profunda tristeza y en angustia tan profunda que hasta pidió al Padre “que si es posible, pase de mí este cáliz de amargura”, sus discípulos se encontraban dormidos. Y de nuevo resulta inefable la amargura del lamento: “¿No habéis podido velar una hora conmigo?” (Mt 26, 26-44). Y Dios, Jesús, lloró, abandonado en aquel instante de flaqueza.

Más profunda aún fue la sensación, ya no de soledad sino también de abandono, en la cruz. En aquella tarde oscura se ocultó hasta el Padre. Todos los conocemos, pero estamos aquí para meditar lo que no se puede olvidar. Y es estupendo el recordar cómo de los labios del Hijo crucificado salió desgarrado el grito de dolor interior, cuando, según la mejor narración, la de los evangelios de san Marcos y de san Mateo, “a la hora de sexta, la oscuridad cayó sobre toda la tierra hasta la hora de nona. A la hora de nona Jesús gritó (y nos ha llegado el grito lanzado en su arameo) con fuerte voz: “Eloi, Eloi,

¿lama sabactaní?”, que quiere decir: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 33-34; Mt 27, 45). Es también el punto culminante de las Siete Palabras en el sermón del mediodía y en la procesión general del Viernes Santo.

Expresión del dolor de Dios son las miradas tristes de Jesús, entre las que hay alguna que asombra y emociona a más no poder. Como la que dirige a Pedro, tan decidido poco antes, acobardado en los trances penosos del proceso del amigo, traído y llevado por el palacio del sumo sacerdote. Y Pedro le traicionó; mejor dicho, le negó, y por tres veces nada menos. Y ante la mirada, esta vez interior, simbolizada en el canto del gallo de que le hablara el Maestro, nos dice el Evangelio que Pedro, como un niño arrepentido, “rompió a llorar amargamente”. Son las lágrimas de san Pedro que salen en procesión.

Aquella mirada compasiva de Jesús puede decirse que es la esculpida por Gregorio Fernández en el “Atado a la columna”. Es, cómo no, la mirada a Pedro, que lloró su cobardía. Y es la mirada a todos nosotros. ¿Cuántas veces no queremos ver la realidad de las cosas y negamos a Jesús? Que en esta Semana Santa, cuando Jesús pase a nuestro lado, no tengamos nosotros tampoco pudor de verter nuestras lágrimas como Pedro lo hizo en su momento.

Había escrito, años atrás, la madre Teresa de Jesús que su conversión se había producido mirando a un Cristo a la columna, muy llagado, que la “espeluzaba toda”, y, sobre todo, que se extasiaba ante esa mirada.

Gregorio Fernández, de espiritualidad muy carmelitana, que sabía de la vida y de la oración y de la experiencia mística de la madre Teresa, a cuyas fiestas de canonización llegó y contribuyó a celebrar con su imagen creadora de la iconografía teresiana, es muy posible que se inspirase en la mística para fabricar y vivir la realidad simbolizada en sus “Atados a la columna”. En ellos, solos o en grupo, además de las llagas, también está plasmada y siempre viva la mirada de Jesús. Es una mirada especial, mirada de Dios, que tiene que contemplarse en un ideal cruce de miradas. Y les puedo decir que es una experiencia maravillosa que he podido realizar durante diversas procesiones, y les invito a que lo hagan para sentir en esos momentos una gran alegría y paz interior al notarnos a lado de Jesús. La madre Teresa aconsejaba a los

principiantes en los caminos de la oración el observar estas miradas de los "Cristos a la columna". El alma contemplativa podrá, de esta suerte, gozar de la mirada del Señor, de sus ojos y nos decía: "Miraros en él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os vais con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle". Y en el entusiasmo por los ojos, por la mirada, en el pensar en "Cristo a la columna", llega en su invitación a la sencillez de la contemplación sin discursos, a acallar el entendimiento y a ocuparle "*en que mire que le mira*, y le acompañe y hable y pida y se humille y regale con Él, y acuerde que no merecía estar allí". (Vida, 13, 22).

No bastaba el dolor moral. La pasión de Jesús que quiere revivir nuestra Semana Santa es también una historia del dolor físico de un Dios que no en vano se hizo hombre, se encarnó en nuestra condición y, hay que repetirlo, redimió también el cuerpo. Las llagas realistas del Atado a la Columna, su mirada, no pueden comprenderse si se olvida la realidad y el significado de la flagelación, del cuerpo de Dios azotado, misterio generosamente representado en los pasos varios que lo figuran. Ayuda a entender mejor las imágenes de tanto dolor aquella literatura que se leía, se oía, se meditaba, en los tiempos de los imagineros, como vengo diciendo. El más leído de todos los escritores espirituales era por entonces, y lo sería durante mucho tiempo, "el padre Granada". Podemos pasar de la imagen de madera a la imagen de la lectura espiritual, o hacer ambas lecturas a la vez. En Valladolid y en Castilla, el lenguaje de fray Luis de Granada, tal y como se expresa en el *Libro de oración y meditación*, tiene que hablarnos con especiales resonancias:

“Después de estas injurias, considera los azotes que el Salvador padeció en la columna. Este es uno de los grandes y maravillosos espectáculos que ha habido en el mundo. ¿Quién jamás pensó que habían de caer azotes en las espaldas de Dios? Pues ¿qué cosa más lejos de la alteza y gloria de Dios que la bajeza de los azotes? Castigo es éste de esclavos y ladrones, y tan abatido castigo, que bastaba ser uno ciudadano de Roma para no estar sujeto a él por culpado que fuese. Y con todo esto, ¡que venga ahora el Señor de los cielos, el creador del mundo, la gloria de los ángeles, la sabiduría, el poder y la gloria de Dios vivo a ser castigado con azotes! Creo verdaderamente que todos los coros de los ángeles estuvieron aquí atónitos y espantados mirando esta maravilla...Porque si hinchieron los aires de voces y alabanzas el día de su nacimiento, no habiendo visto más que los pañales y el pesebre, ¿qué harían ahora viendo los azotes y la columna?

Pues tu, alma mía, a quien tanto más que a los ángeles toca este negocio, ¿cuánto más lo debes sentir y agradecer?

Entra pues ahora con el espíritu en el pretorio de Pilato y lleva contigo lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás... Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad a descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, y llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas... Mas, sobre todo esto, ¿qué sería ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaría abierta, adonde principalmente caían los golpes?

Mandaba la ley de Moisés que azotasen a los malhechores y que conforme a la medida de los delitos así fuese la de los azotes, con tal de que no pasasen de cuarenta. Mas en ti, oh buen Jesús, que nunca quebrantaste la ley de la justicia, se quebrantan todas las leyes de la misericordia, y de tal manera se quebrantan que, en lugar de cuarenta, te dan cinco mil y tantos azotes, como muchos santos doctores testifican. Pues, si tan afeado estaría un cuerpo pasando de cuarenta azotes, ¿cuán estaría el tuyo, dulcísimo Señor y Padre mío, pasando de cinco mil?”.

Y todo, por amor

¿Fue necesario tanto dolor? Es una de las preguntas que salta con frecuencia y que no tiene fácil respuesta si se olvida que este misterio de dolor de Dios solo halla explicación en el otro, o en el mismo, misterio: el del amor del Dios que a veces, como en esta Pasión del Hijo, tiene caminos extraños para nosotros, los humanos.

Por ello, hay que pregonar muy alto, como hacían los pregoneros de antaño, que ese sermón de los pasos, de las imágenes y de los imagineros, de la Semana Santa, es una procesión, son muchas procesiones, para proclamar el amor escondido en tanto dolor. Fray Luis de Granada concluía su meditación anterior con estas palabras:

“Pues si en tales y tan rigurosos trances te pusieron misericordia y amor, ¿quién habrá que esté ya dudoso de tu amor?... Pues si es gran maravilla, habiendo hecho tantos milagros, no creer lo que dice, ¿cuánto mayor lo será habiendo recibido por nosotros cinco mil y tantos azotes no creer que nos ama?

Pues ¿qué será si juntamos con las heridas de la columna todos los otros pasos y trabajos de su vida, pues todos nacieron de amor? ¿Quién te trajo, Señor, del cielo a la tierra sino amor? ¿Quién te abajó del seno del Padre al de la Madre sino amor? ¿Quién te puso en un establo y te reclinó en un pesebre sino amor? ¿Quién te hizo traer a cuestras el yugo de nuestra mortalidad por tantos años sino amor? ¿Quién te hizo sudar y caminar, velar, trasnochar y cercar la mar y la tierra buscando las almas, sino amor? ¿Quién, finalmente, te trajo hasta poner en un palo y

estar allí de pies a cabezas tan maltratado; las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los labios secos, la lengua amargada, y todo despedazado; quién pudo hacer tal estrago como éste sino amor?

¡Oh amor grande, oh amor gracioso, oh amor tal cual convenía a las entrañas y a la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno, y amoroso, y todo amor!”.

Como respuesta de amor compasivo con quien tanto sufrió, aquellos cofrades antiguos creían que podían, y debían, aliviar el dolor de Jesús participando en sus dolores, en la flagelación. Porque antaño, como saben todos, los cofrades salían en procesión: unos para alumbrar -los cofrades de luz- y otros -los de disciplina- para flagelarse, pero para flagelarse de verdad.

Una de las descripciones más directas y admiradas de aquellas procesiones de Semana Santa es la tanta veces citada y que nos regaló el observador portugués Tomè Pinheiro da Veiga cuando la Corte andaba todavía en estas tierras, a principios del siglo XVII, y en el diario que se llamó “Fastiginia” o “Fastos Geniales”. Da la sensación de que se estremecía ante aquel espectáculo, para él incomprensible, al comentar el paso de la Oración del Huerto, con el que iban "cuatrocientos disciplinantes por el mismo orden, y algunos de ellos con una sola roseta (a que llaman "abrojo"), que les abre los costados, y afirmo que vi a alguno llevar trozos de sangre coagulada de más de a libra, que me pareció demasiada crueldad, y me escandalizó se permita tanto exceso”.

Se necesitaba devoción amorosa para esta penitencia. Lo decían aquellos cofrades del siglo XVI al recordar el nacimiento de su “Cofradía y hermandad de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo”, por inspiración de ciertos buenos hombres de la collación de Santiago de esta noble villa de Valladolid. Decían:

“Nosotros, pues tenemos la vocación de la Santísima Pasión y Penitencia de nuestro Señor Jesucristo, y con entera devoción, nos, los dichos cofrades, el viernes santo de la Cruz nos juntamos todos a las dos horas después de la media noche en el monasterio de la Santísima Trinidad, para hacer la dicha cofradía disciplina; de donde salgamos todos juntos en la procesión; y el cofrade que no viniere a la tal procesión, que le sea sacada una prenda por media arroba de cera y se discipline el tal cofrade...”.

Los críticos de tiempos posteriores, los convencidos de que las formas religiosas estaban mejor y eran más dignas sin gestos de esta estirpe, acabarían con los

disciplinantes. No obstante, y hay que decirlo, ha permanecido y rebrotado el espíritu penitencial de devoción y de amor en quienes, sin exhibición ninguna personal, ocultos bajo sus capuchones, portan cruces pesadas, instrumentos mortificantes, llevan los pies descalzos, también por devoción y compasión con Jesús, bajo el peso de su cruz camino del Calvario.

La Madre

A propósito del dolor y del amor. Hay semanas santas en las que la Virgen María es la protagonista, la más acompañada, y no solo por razones históricas explicables por el ambiente, como dicen los historiadores, contrarreformista en que crecieron estas manifestaciones de piedad popular. La misma historia nos dice que la mirada a María en soledad, en su quinta angustia, al pie de la cruz, en su piedad, venía de muy atrás, de aquellos tiempos lejanos, los medievales, en los que se compuso el canto gregoriano de la Madre del Dolor junto a la Cruz, indudablemente el más cantado en todos los tonos imaginables, el *Stabat Mater Dolorosa /iuxta Crucem lacrimosa*. Stabat, es decir: estaba en pie, no derrumbada.

Nuestra Semana Santa está revestida de la presencia de María. Se abre con el Viernes de Dolores, con la procesión simpática y cercana de la Dolorosa de las Delicias. La del Viernes Santo se cierra con la manifestación multitudinaria de acompañantes, para que no esté sola, con el Canto de la Salve delante de las Angustias, que no quiere volver la espalda a su entrada en el templo penitencial, en su morada, y que, de hecho, volverá a salir aquella noche. No quiero olvidar tampoco el ofrecimiento de los dolores del Sábado Santo, que lo hacen la Piedad de forma íntima y la Veracruz, esta última considerada como el acto oficial.

A mí me impresiona, con especial emoción, la procesión del Encuentro en la tarde del Martes Santo. Procesiono, naturalmente, con la Virgen de las Angustias y, a poder ser, participando activamente. Me traslada a otros tiempos el camino de María, cuando la veo subir portada y mecida a hombros majestuosamente, por mis hermanos cofrades, al paso por la Antigua, y bajo los acordes del “Mater Mea”, observando tanta gente a mi alrededor, y al mismo tiempo, sintiéndome tan cerca y solo ante Ella; su llegada a la Plaza de Santa Cruz con el relieve también de pasión y de gozo en la fachada del

Colegio Mayor de Santa Cruz. El encuentro con el Hijo camino del Calvario, el retorno, las miradas, siempre las miradas. Tanto dolor y tanto amor, ¿quién lo podrá contar?

Lo contaron muchos en aquel Siglo de Oro de la literatura castellana, en alianza encantadora de la fantasía y la palabra. El denuedo por describirlo, pero de forma eficaz, es decir, tratando de arrancar las lágrimas de los espectadores, se percibe en los sermones que querían reproducir “el llanto de María”, teatralizado en la representación del “Desenclavo”, del Descendimiento. Uno de los libros también muy leído y oído y meditado fue el del jesuita Luis de la Palma, *Historia de la Sagrada Pasión* (1624). De esta suerte narraba el encuentro de Madre e Hijo en el Vía Crucis:

“Habíase puesto la Santísima Virgen en lugar acomodado para ver a su hijo y recibir este encuentro que tanto dolor le había de costar...Pues estando esta Señora en tal lugar y a vista de tal espectáculo ¿qué olas y avenidas pasarían por su pecho virginal? ¿Y qué lágrimas correrían por sus sagrados ojos? ¿Con qué esfuerzo dado del cielo miró la Virgen a su hijo, que iba tan desfigurado y atormentado a morir tan afrentosamente en la cruz? Pero al fin le miró de cerca, y el hijo la miró a ella, que era su madre. Y los ojos de los dos se encontraron, y quedaron atravesados los corazones de cada uno con el dolor y el sentimiento del otro, y no menos regalados con la vista y con la fidelidad y amor que reconoció cada uno en el otro. No se hablaron palabra porque la prisa no daba lugar; y aunque estuvieran muy despacio, el dolor era tan crecido, que había anulado sus gargantas de manera que no daba lugar a poder formar la voz. Pero los que se quieren bien con los ojos se hablan y se dan a entender los corazones, principalmente siendo los ojos tan vivos y penetrantes como eran aquí los del hijo y los de la madre”.

Y sigue escribiendo lo que vieron aquellos ojos, y lo que se dijeron Madre e Hijo con aquellos ojos.

Las cofradías penitenciales

Ante este misterio de dolor y de amor, no cabe sino la oración de gratitud por tanto dolor y por tanto amor. Este agradecimiento (no es halago, y hay que pregonarlo aunque ya se conozca) tiene que personificarse en las mediaciones, y, no cabe duda, las mediadoras para que podamos vivir, revivir, contemplar, admirar y proclamar estos misterios son las cofradías y hermandades penitenciales.

Los historiadores, excelentes por cierto, de las cofradías nos hablan de sus rivalidades antañonas, de sus disputas por tiempos, horarios y calles para sus procesiones. Obedecía todo a concurrencias, connaturales en aquellas sociedades del prestigio y del privilegio, incluso de la ostentación, pero, por fortuna, inexistentes hoy en día, cuando todas ellas, las diez y nueve, desde las cinco primitivas hasta las últimas, se convierten en las mejores “pregoneras” de la Pasión y muerte del Señor, de las pasiones y muertes de los humanos. Cada una con su lenguaje, es decir, con sus muchas imágenes.

La realidad es que en su nacimiento respondió a la demanda de sociedades sacralizadas y necesitadas de manifestaciones de la fe, de la devoción, de procesiones, y de caridad asociada en aquellos siglos en que la cofradía era el único asociacionismo posible y el cauce mejor para la asistencia social. Y hay que decir que estas asociaciones de seculares han satisfecho esta demanda de celebrar visiblemente, a veces clamorosamente, siglo tras siglo, el misterio central de la fe, el de la Pasión, de la Muerte y, más tarde, el de la Resurrección del Señor. Los teólogos cumplían con este deber en sus tratados y en sus libros para ser leídos en latín; los predicadores, con la palabra para ser oídos en romance; las cofradías, con la imagen para ser mirada, admirada, y mover a la compasión.

Y por ello, una de las funciones de las cofradías históricas fue la de mecenas religiosas a las que debemos el legado, la conservación y la renovación de tanta riqueza y de tanta belleza.

No puede olvidarse que ayudar de esta suerte a la celebración del misterio de Semana Santa requiere entrega, tiempo, fervor y preparación a lo largo de todo el año. Porque, a despecho de lo que se diga a veces, los cofrades no están solo para salir en las procesiones, que es algo que, dicho sea con toda sinceridad, merece la pena. Trabajan, rezan y ensayan durante todo el año.

Por ello, y deliberadamente, y porque soy uno de los cofrades que no pueden dedicar a su cofradía tanto tiempo como me gustaría, deseo reconocer públicamente, pregonar muy alto y claro, lo mucho que Valladolid debe a sus cofradías y hermandades penitenciales.

Cofradías primitivas como las más antiguas de siempre, las de la Santa Vera Cruz y de la Orden Franciscana Seglar; la de la Sagrada Pasión; las marianas de las Angustias, de la Piedad, y la de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Durante siglos alentaron la celebración de la Semana Santa por la ciudad y sus calles procesionales bien conocidas. Superaron las dificultades inevitables. Fueron heridas de muerte con la nueva mentalidad religiosa y las críticas de los ilustrados, que querían otras espiritualidades. Hubo resurgencias, como la que originó la procesión general de la pasión del Viernes Santo a principios del siglo XIX, en circunstancias y en tiempos extraños. Y tras agotamientos, agonías incluso, gracias al empeño de personas entusiastas y comprometidas, y muy bien preparadas por cierto, se renovó en el siglo XX el entramado cofradero con nueva Semana Santa, con nuevas y viejas procesiones, con antiguas cofradías y hermandades, y con las nuevas como las más tempranas de las Siete Palabras, de la Preciosísima Sangre, del Santo Entierro, de Nuestro Padre Jesús Atado a la Columna; las posteriores de la Oración del Huerto, del Descendimiento y de la Buena Muerte; la también sacramental de la Santa Cena; del Cristo de la Luz de los docentes; el de los Artilleros; el Santo Sepulcro; la Exaltación de la Santa Cruz y Nuestra Señora de los Dolores de Delicias; del Despojado y Nuestra Señora de la Amargura; la más reciente de N. P. Jesús Resucitado.

Misterio y año de fe

La Semana Santa, por fin, es un tiempo fuerte en el que se proclama el misterio central y frontal de la salvación, el que querían transmitir los evangelios en su catequesis primera. Es un misterio, hay que repetirlo, de fe. No carece de sentido el que la próxima Semana Santa que vamos a vivir se celebre coincidiendo con el “año de la fe”. La fe creída, vivida y transmitida también desde la teología popular, desde el sentido de fe de los creyentes, con sus voces y sus imágenes tan necesarias en la Iglesia y tan propias de las celebraciones que se acercan y que expone en sus cartas “Ante el año de la fe” nuestro arzobispo, con sabiduría y con palabras mucho más certeras y expresivas que las mías y que les trasmito con gusto.

Recuerda la doctrina del Papa, valorando la piedad popular, patrimonio excepcional de la Iglesia que lleva la fe al corazón de los hombres como parte de *sus*

sentimientos, costumbres, sentir y vivir común. Y nos dice el señor arzobispo que, en efecto, la piedad popular

“es un patrimonio de fe y de piedad, de arte y de belleza, que está vivo y nos habla. El rostro de Cristo esculpido por imagineros geniales y creyentes al mismo tiempo es como una puerta abierta, una llamada, un reflejo de la trascendencia. En el rostro de Jesús reverbera la imagen del Dios invisible. La serie admirable de Crucificados en la Procesión General del Viernes Santo en nuestra ciudad es como un continuo centelleo del amor, paciencia y compasión infinita de Jesús. Contemplar a Jesucristo atado a la columna, coronado de espinas, colgado en la cruz, con el rostro iluminado en la oscuridad de la noche; escuchar la música que rasga el silencio y acompaña el avanzar lento y grave de la procesión en medio de una multitud que desde las aceras y las plazas mira y admira sin hablar el sucederse ordenado de los “pasos” y sus cofrades, fácilmente toca y conmueve el corazón para recordarle la fe y despertarlo a la fe. La piedad popular tiene también su lugar en la nueva evangelización”.

“Las diversas actividades promovidas por la Cofradías en estas fechas han de ser una oportunidad estupenda para proponer la purificación y renovación de la fe de los cofrades y una llamada a la fe de todos aquellos que contemplan la belleza de nuestras expresiones de fe en la calle”.

La otra Semana Santa: la liturgia, la oración y el silencio

No puedo detenerme en ello, pero me gustaría pregonar también la otra Semana Santa de Valladolid; mejor dicho, la misma Semana Santa en su otra dimensión: la Semana Santa interior. Que es propiamente la que dinamiza a la otra, a la procesional. Me refiero a la Semana Santa del silencio, de la oración interior, de la oración litúrgica.

El silencio, tan elocuente cuando manifiesta el espíritu de oración, se palpa en momentos y en trances frecuentes de la Semana Santa de Valladolid, que, con todo el simbolismo que ello entraña, saca al Cristo de las Cinco Llagas, de Manuel Álvarez, para que visite a las monjas orantes en sus estaciones ante los monasterios de clausura del antiguo Valladolid conventual. La misma cofradía sale en la procesión “De oración y sacrificio” del Jueves Santo.

Silencio se percibe en la tradicional “Procesión del silencio” de la cofradía de Ntro. P. Jesús Nazareno, o en la “Peregrinación del Consuelo”, a la que invita el Cristo del Consuelo de Gregorio Fernández, de la noche del Miércoles santo. Un silencio

singular entona la procesión del Santo Entierro en la medianoche del Jueves Santo, con el clásico *Yacente* de su cofradía titular. Es una de las procesiones que me han impresionado desde niño, seguramente porque se oye el rozar de los hábitos por el suelo al paso de los cofrades que lo visten. Los *Yacentes* tienen esa llamada interior, la veneración silenciosa: para mí era y es impresionante el portar al “Cristo Yacente” de mi cofradía en la madrugada del Viernes Santo en la Procesión de Regla de la cofradía de las Angustias, y les digo que no puedo describir con palabras ese momento en que realizamos la entrada a la Catedral para realizar la visita al Santísimo, llevándole a Él a hombros, bajo los acordes de “La Saeta”, y pensando en lo que Él sufrió en aquellos días de Pasión. Eran, y ello es explicable, más perceptibles los silencios y el ambiente oracional antaño, cuando las carracas y las tablillas (que siguen oyéndose como reguladoras del ritmo de los pasos) suplían a las campanas, silenciadas desde el Jueves Santo hasta el Sábado de Gloria, con todo lo que significaba el hacer callar a las campanas, tan cordiales, vecinas tan queridas precisamente por tantas cosas como comunicaban.

La liturgia de estos días en los templos, en tantos templos como tiene Valladolid, es, propiamente, la celebración del misterio, de los misterios, de la Semana Santa. Es la que da sentido a la otra Semana Santa, a la exterior, la de las palmas, la del triduo sacro.

Las palmas, los niños, la procesión encantadora del Domingo de Ramos responden, en efecto, a la palabra de Dios que se lee en la misa.

Es difícil comprender las procesiones del Jueves Santo si no se relacionan con la liturgia de la Última Cena, de la institución de la Eucaristía, del mandato, es decir de la caridad, mandamiento nuevo, que imprime de sentido cristiano a la procesión de la Caridad, tan histórica, al igual que el misterio eucarístico se proclama, en estos modernos y actuales autos sacramentales, con la procesión de la Santa Cena.

Y ya que estamos pensando en el Jueves Santo, no puedo callar un fenómeno que no pasa inadvertido a quienes lo relacionan con la misa vespertina del día (ya que la única matutina es la misa Crismal celebrada aquí, presidida por el señor Arzobispo, que consagra el aceite, el crisma, para el bautismo, el óleo para la unción de los enfermos). Las misas de la tarde son la memoria y el revivir de la Eucaristía de Jesús en la Última

Cena. Por ello, el Santísimo queda en el sagrario hasta la comunión en el oficio del Viernes Santo), pero en el sagrario especialmente adornado para la ocasión, monumentalmente adornado, a la espera de las visitas de los amigos. El famoso recorrido de las "Siete Iglesias" en el Jueves Santo, tan arraigado en nuestra cultura castellana. Y a estas visitas quería referirme: son tan masivas, auténticas riadas, que el centro de la ciudad se convierte en hervidero de peregrinos, en procesión urbana espontánea al Monumento de tantas iglesias como lo ofrecen y velan. Por cierto, antes, el portar ostensiblemente la llave del sagrario en aquellas horas hasta los oficios de la Pasión del Señor era un signo de prestigio y, por tanto, privilegio clerical o de alcaldes de cofradías en sus iglesias, o, excepcionalmente, de personajes muy distinguidos.

En el Viernes Santo, la escucha devota de la narración evangélica de la Pasión del Salvador en la liturgia, la adoración de la Cruz, la comunión de los participantes en los oficios, tiene su correlato espectacular en la más completa y hermosa manifestación del misterio, en la Procesión General de la Sagrada Pasión del Salvador. Todo Valladolid, todos los llegados de fuera por piedad o por turismo religioso, la tienen como referencia. Es la procesión grande. Los cofrades la esperan y celebran como el acto culminante de su piedad y de su trabajo e ilusión. Pues bien, desde antiguo, vallisoletanos, peregrinos y curiosos, cofrades, sobre todo las cofradías, la viven con expectación singular y pendientes del que siempre fue el mayor enemigo de las procesiones: la lluvia. Esperemos que el Viernes de la Semana Santa que estoy pregonando se vea libre de esta decepción. No es que sirva de consuelo, pero, si no recuerdo mal, la lluvia malogró la procesión general última, la del año pasado de 2012. Más aún: en el año 1922 se organizó la primera Procesión General al nuevo estilo; pues bien, precisamente aquel año llovió, y los pasos en sus plataformas nuevas tuvieron que quedarse en la iglesia de San Benito.

En fin, la fiesta litúrgica de la Resurrección, con su vigilia pascual llena de luz, de fuego, de agua bautismal, con el gloria y el aleluya, y con el repique de campanas, tiene la réplica callejera de la procesión del Resucitado y, cómo no, del encuentro con su Madre, pero ahora ya no de soledades y angustia, sino de la Alegría ante el triunfo sobre la muerte de su Hijo resucitado. Es esta una procesión relativamente nueva, brillante, muy de acuerdo con la teología de la resurrección.

Pasión y esperanza

En mi opinión, la Semana Santa es una celebración, es el memorial de la Pasión, de la Muerte, pero también de la Resurrección de Cristo. Hay pasiones y muertes de nosotros, de los vallisoletanos, sobre todo en estos momentos, más fuertes que nunca debido a la gran crisis económica y moral que nos azota, que se refleja en la miseria, en la angustia, en la pobreza de siempre y en la advenida en este tiempo, en la tristeza de las familias, en la penuria, en el desempleo, en la enfermedad, en la muerte ...Dios, Jesús, sufre y muere, sigue sufriendo y muriendo con todos los que la padecen.

Ójala sea esta Semana Santa un signo y una realidad de esperanza. El Domingo de Resurrección, a eso del mediodía, y de vuelta ya de la última procesión, todas las cofradías se unen para acompañar a su casa a la Virgen, pero ya exultante, la Virgen de la Alegría. Ante su pórtico, los muchos asistentes no le cantan el himno del dolor que ha dominado durante la Semana; al contrario, con el fondo de la antífona pascual “Reina del cielo, alégrate, aleluya”, entonan, cómo no, la Salve castellana. En ella piden a la Virgen, y con ello acabo: “Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos”.

Y por ello te pedimos, que esta Semana Santa la podamos vivir profundamente, que nos haga reflexionar y que después del Domingo de Resurrección pasemos a una nueva etapa de paz entre los pueblos; de alegría para aquellas familias que han perdido tantas cosas durante esta crisis y para todos aquellos que no ven cada día las pequeñas cosas buenas que existen en este mundo; de trabajo para los que lo han perdido; de nuevos horizontes para los jóvenes que inician su andadura profesional; de esperanza para todos aquellos enfermos que luchan por recuperar su salud; y de solidaridad para todos nosotros para luchar por una sociedad mejor y más justa para todos. En definitiva, los cristianos tenemos que compartir en estos momentos de dificultad y no debemos perder ni la fe ni la esperanza.

Gracias por vuestra cortesía y por vuestra atención. Que todos tengamos muy buena Semana Santa.